

# **RR**ETRATOS **HH**UMANOS

Un viaje al corazón de la empresa

ANA LÓPEZ SEISDEDOS, ENRIQUE RODRÍGUEZ-BALSA,  
CARLOS CID BABARRO, ROSA ALLEGUE MURCIA,  
JUAN JOSÉ VALLE-INCLÁN BUSTAMANTE, JULIO RODRÍGUEZ DÍAZ,  
TOMÁS OTERO PINO, MANUEL POZO GÓMEZ,  
JUAN ANTONIO ESTEBAN BERNARDO, LORENZO RIVARÉS SÁNCHEZ,  
LUIS EXPÓSITO RODRÍGUEZ

# INTRODUCCIÓN

Los lectores de *RRelatos HHumanos* (LID 2016) recordarán que en el último relato del libro, Irene Díaz de Otazu, la directora de Recursos Humanos de Green Technology, sufrió un atropello. Vivía momentos complicados. Estaba desencantada en la empresa por la aparición de una nueva Dirección, encabezada por Esteban Orozco y Luis Rivera, y buscaba el equilibrio entre su vida, su familia, su trabajo y sus ideas. No lo tenía fácil y, aunque era y es un personaje de ficción, como también lo son su empresa y su departamento, a los autores se nos hizo tan real, nos identificamos tanto con ella, que pensábamos que en cualquier momento nos la podríamos encontrar en los pasillos o en los despachos de cualquiera de nuestras empresas. Y es que sin duda había un poco, o quizás mucho, de cada uno de nosotros en Irene.

Conocer a Irene fue un placer y, cuando terminamos el libro allá por noviembre de 2016, estábamos seguros de que nuestra relación con ella no se podía terminar entonces, o al menos no de aquella manera, dejándola abandonada en el suelo, en la oscuridad de un garaje. Sabíamos que Irene Díaz de Otazu tenía miedo, y que sentía la necesidad de tener a alguien con quien hablar, un cómplice, una amiga.

Los dos años que han transcurrido desde que publicamos ese primer libro han estado cargados de incertidumbre, de circunstancias personales y, también, por qué no decirlo, de muchísimo trabajo, de un trabajo intenso que ha hecho que nos apartásemos de cosas apetecibles como, por ejemplo, dedicarle más tiempo a Irene. ¡Y es que hay que ver la de cosas que pasan en dos años! Como directores de Recursos Humanos que somos casi todos los autores (en rea-

lidad todos menos yo) hemos mantenido el lema con el que comenzamos este proyecto: que lo humano está antes que el recurso y que las personas son el valor más importante que tiene la empresa. Pensando así era inevitable retomar nuestra relación con Irene para convertirnos en el confidente que ella necesitaba y rescatarla de aquel garaje infame en el que yacía tras su atropello.

*RRelatos HHumanos* era un libro de muchos personajes. A través de los ojos de la directora de Recursos Humanos de Green Technology quisimos reflejar la vida de su departamento –un departamento cualquiera de Recursos Humanos de cualquier gran empresa– y el flujo de sentimientos, responsabilidad, culpa, amor y duda que lo recorren. En esta ocasión hemos querido ampliar el alcance del proyecto y merodear por la existencia de personajes que rodeaban a Irene Díaz de Otazu y de otros que inevitablemente aparecerán en su nueva vida.

El lector se situará rápidamente en escena: Luis Rivera aparece destilando brusquedad hacia sus empleados y le comunica a Teresa Oliva, una de las grandes amigas de Irene, que esta se encuentra en el hospital tras sufrir un accidente. Pero Ana L. Seisdedos transforma la brusquedad en sensibilidad manejando una sutil trama plagada de *sustancias volátiles* (así se titula su capítulo) para dejarnos en el hospital a los pies de la cama de una Irene en estado de coma.

Igual inteligencia exhibe poco después Juan Antonio Esteban en *El olor de la vainilla*, un capítulo cargado de sensualidad en el que el tacto, los olores y la vista configuran un universo en el que el lector puede constatar que la nueva Irene es más humana que antes de su accidente.

Genial y metafísico podemos considerar el tránsito que Enrique R. Balsa propone para Irene antes de que esta recupere la consciencia. Su recreación mística de *la Divina Comedia* de Dante Alighieri en el capítulo *La humana comedia*

—un universo metafórico en el que el autor sitúa al director de Recursos Humanos frente a sus pecados y sus virtudes— contrasta claramente con el capítulo de Carlos Cid, *Segunda vida*, con el que enlaza mediante un breve diálogo. *Segunda vida* es un relato puramente terrenal en el que se ponen al descubierto los miedos de la convaleciente Irene a través de su relación con distintos personajes, como su madre, doña Carmen, que altera la vida del hospital con su verborrea imparable; Nacho, un joven que la acompañará en su rehabilitación física y espiritual, y el inspector de Policía Camilo Méndez de Méndez, que se convertirá en un personaje de referencia en toda la historia.

En *RRetratos HHumanos* los personajes aparecen y desaparecen de escena igual que en la vida. Entre ellos se forman relaciones estables que se van difuminando como las sustancias volátiles de las que hablábamos antes, y relaciones inestables que se retoman y se consolidan con firmeza con el paso del tiempo. El capítulo *Cien días sin un beso* de Rosa Allegue es un buen ejemplo de la volatilidad de las relaciones personales, con situaciones cotidianas narradas desde un punto de vista muy femenino que sorprenderán al lector.

Otro de los personajes clave de este libro es el difunto Diego Escalante, que aparece en el capítulo *La humana comedia* como el poeta Virgilio acompañando a Irene Díaz de Otazu en su descenso al Infierno. Él nos ayuda a enlazar capítulos y personajes. Según avance en la lectura del libro, el lector se encontrará con personajes que conocieron a Diego Escalante y que arrastran pesadamente sus vivencias del pasado, como Aitziber Oyarrá, de la que no sabíamos nada tras la muerte de Diego, y que regresa en *La soledad de Aitziber*, un capítulo intimista y personal escrito por Julio Rodríguez; o Laura Mendiriz, que aparece en el capítulo *Muertes fuera de lugar* de Juan José Valle-Inclán, marcado por la muerte de Diego y que comienza un viaje en tren a Barcelona que

termina convirtiéndose en un viaje por su propia vida. Ambos autores, Julio y Juanjo, concluyen sus relatos con un final abierto en el que sitúan a sus protagonistas ante una tesitura con la que es muy difícil que el lector no se sienta identificado.

Pero la vida de Irene es una especie de lucha contra el bien y el mal. Bueno, la de Irene y la de muchos de nosotros. ¿O no es así? Esta lucha comienza a plantearse con crudeza en la segunda parte del libro. El bien –a estas alturas ya es evidente– está encarnado por Irene. El mal, sin embargo, tiene muchas caras. Como el acoso. Tomás Otero nos pone a todos frente al espejo en el capítulo *Tormenta de silencios*, donde el acoso toma forma humana y se pasea por la empresa con libertad provocando situaciones que nos resultarán familiares. Hasta que las cosas comienzan a cambiar cuando el Acoso e Irene, que regresa de su particular viaje por el inframundo, se encuentran en un vestíbulo cara a cara.

Y nuestra protagonista continúa su tránsito por las líneas del libro hasta *Los cursos de Brasil*, el capítulo que he escrito yo, Manuel Pozo, en el que se plantea abiertamente la batalla desatada entre las fuerzas del bien y del mal. El control del poder en Recursos Humanos, la concesión de cursos de formación y un ERE serán algunos de los elementos que nos lleven hasta Félix Corcuera, antiguo ayudante de Irene y uno de los personajes que demuestran más dignidad a lo largo de este libro, aunque hay tanto daño entre Irene y Félix que las heridas tardarán en curarse.

Cuando se habla de batallas se habla de ejércitos. Luis Rivera, el director de Transformación, tiene claro que los ejércitos se mantienen avivando el odio y la frustración, y que las guerras se ganan sembrando el desprestigio del contrario y forjando líderes que dirijan a las masas. El lector se verá inmerso en un capítulo que se centra en la lucha por el poder dentro de la empresa. Es un relato crudo, descarna-

do, intenso, titulado *El veneno siempre mata*. Está escrito por Lorenzo Rivarés y su autor lo inicia diciendo que en la gestión de personas se sabe enseñar qué hacer, se intenta entender cómo hacer, pero no se tiene ni idea de por qué hacer.

Dice Lorenzo Rivarés que su capítulo trata de la relación entre los valores y los comportamientos, algo de lo que todo el mundo habla desde la seguridad que da la ignorancia. En realidad todo el libro trata de los valores porque... ¿acaso no puede hablar un director de Recursos Humanos de valores? Y si no, ciñámonos a la cita de Albert Einstein que abre este libro: «*Procure no ser un hombre de éxito, sino un hombre de valores*». Luis Expósito, en el último capítulo del libro, *El puñal de doble filo*, nos lleva de la mano a un mundo de conspiraciones, deslealtades, secretos, traiciones y relaciones amorosas en los que cada individuo ofrece lo mejor y lo peor de sí mismo. Y, como no podía ser de otra manera, en esta parte final del libro Irene Díaz de Otazu brilla con luz propia como un astro aislado.

Nosotros, los autores de *RRetratos HHumanos*, queríamos alejarnos de un final pesimista, de un libro triste, y ahondar en la personalidad de los personajes que nuestra Irene se ha ido encontrando durante estos últimos años mientras estaba al frente del departamento de Recursos Humanos. Al alejarnos del entorno de la empresa y darle mayor importancia al aspecto más personal de los protagonistas se corría el peligro de desvirtuar el proyecto. Creo que hemos evitado las dos cosas, un libro pesimista y perder el rumbo, y hemos sabido desenvolvernos por las rutas de la ficción y caminar por una senda firme sin caer ni en el dramatismo ni en la autocomplacencia, comprendiendo que escribir sobre lo humano es manejar un peligroso puñal de doble filo similar al que aparece en la escena final de nuestro libro.

MANUEL POZO GÓMEZ  
Coordinador del libro

*«Mostrar los espíritus pretendo  
que purgan bajo ti su alma manchada».*  
DANTE, *La Divina Comedia*, CANTO II, vv. 66-67

–¿Aturdida, Irene? –preguntó atento Diego.

–Mucho, y me come por dentro una pregunta, Diego: ¿Soy merecedora del Infierno? ¿He metido la pata hasta el fondo como estos desgraciados?

–Yo no soy juez, querida. No de esa jurisdicción. A mí no me corresponde esa sentencia. ¿Has cometido errores? Sí, Irene, tienes algunos negativos en tu saldo. Pero también eres la que evitó la plaga del nepotismo en Green Technology, la que le dio a Héctor un nuevo impulso para recobrar el entusiasmo, la que se preocupó de los problemas personales de los empleados, la que ayudó a Teresa a salir de la depresión...

Irene miraba absorta a Diego. ¿Cómo podía estar al tanto de esas situaciones, impresas como tatuajes indelebles en su memoria?

–Yo no soy el que dictaminará la bondad o la maldad de tus comportamientos y los motivos internos que te llevaron a realizarlos. Sí, aquí lo sabemos todo, pero eso no es lo importante. Lo crucial es que estás realizando este viaje conmigo y que se te permite indagar libremente en cada una de sus paradas y con los protagonistas que encuentres. Y ahora avanzemos juntos hacia el interior de este balneario de purga.

Ambos comenzaron el descenso hacia la primera terraza inferior. A Irene le sorprendió que el sendero no era muy estrecho y que al llegar a la parte más baja se abría aún más para dar acceso a una inmensa explanada, que estaba plagada de estacas de diversa altura clavadas en el suelo.

A casi todas las estacas había atada una persona y enfrente de ellas había una gigantesca máquina con forma de cañón. Con regularidad, este lanzaba proyectiles del tamaño

de una pelota de ping-pong con una velocidad tan alta que el cautivo no podía esquivarlos. Las bolas golpeaban a los individuos y a continuación se desintegraban, así una y otra vez en un continuo martilleo. Los disparos iban acompañados de gritos atronadores que procedían de unos megáfonos situados alrededor de la explanada. Las palabras se repetían en un ciclo y formaban parte de otro tipo de martilleo, una tortura acústica casi insoportable. Todas las palabras resultaban familiares para Irene: «¡empatía!», «¡aliados!», «¡transformación digital!», «¡competencias!», «¡diversidad!», «¡partner estratégico!», «¡empoderamiento!», «¡outsourcing!», «¡branding!» «¡reinención!»...

Con cada impacto, la longitud del mástil, que era diferente en cada caso, se reducía. Irene comprobó que cada condenado recibía un bombardeo de proyectiles distinto y que las expresiones no eran las mismas para todos. Las expresiones eran individualizadas; cada uno tenía que cargar con su propia pena.

–¡Vaya fusilamiento, Diego!

–Mira sus gestos de dolor.

–Causa dolor solo mirarlo. ¿Qué hicieron y qué pena sufren?

–Dímelo, tú –Diego le devolvió la pregunta.

–¿Abusaron de conceptos de moda? –contestó Irene haciendo una inflexión en la voz.

–¡Bien, Irene! Vas comprendiendo –dijo Diego halagándola– y has captado parte de lo que se juzga en esta terraza. Van vestidos de payasos porque así los ven con frecuencia los demás. Se dejaron seducir por una jerga con magnetismo y cedieron al uso estético de programas, iniciativas y teorías, en lugar de perseguir su implantación efectiva para el bien de las personas con las que trabajaban.

–Me veo muy retratada –confesó Irene con cierto pesar.

–Tú sabrás, Irene, tú sabrás.



*Me voy acercando a la esquina. Como todos los días desde hace muchos años me pararé entre las dos calles y pensaré: «¿tiro para la derecha o voy por la izquierda?». Ojalá algún día tenga el valor para arriesgarme. ¿Por qué no hoy? Puedo ir por lo que conozco, por la calle de la derecha. En el primer portal estará Víctor, el panadero, peleándose con la cerradura. Le diré buenos días y me responderá sin mirarme, «te veo esta tarde en la tasca». La tasca es la siguiente puerta.*

*Más adelante oiré las voces de las vecinas lanzándose cotilleos de unas ventanas a otras. Entraré en el estanco para comprar mi habitual paquete de Camel sin filtro, que es lo que me provocará tener los dedos amarillos al finalizar la tarde y tener que frotármelos por la noche.*

*Llegaré al bar de la Fulgen para tomar mi desayuno habitual, tostas con aceite, tomate y un café bien cargado, de esos que llamo yo dos pasos, porque es lo más que deberías separarte de un váter antes de tragarlo. A mí ya no me afecta.*

*Y terminaré mi desayuno, diré adiós a todos los allí reunidos, los de siempre: Pruden, Manolo, el Lápidas y, por supuesto, el Cura. Saldré y continuaré por esa calle, la de la derecha, porque no hay otra opción: una vez tiras por ella no puedes salir.*

*Continuaré caminando, como todos los días hasta llegar a la plazuela que un día fue plaza, o al menos eso me contará Dioni el de los ciegos, al que saludaré y compraré un décimo, de los que no tocan nunca, claro. ¿Si me tocara tendría valor para ir por la calle de la izquierda?*

*Pasaré por los soportales que escoltan a la iglesia, la que según don Luis, el viejo profesor de la vieja escuela, pertenece a la arquitectura ecléctica porque, nos dirá entre calada y calada a su puro, los que la hicieron escogieron estilos de toda la historia del arte. El Lápidas, al que le gusta*

*rimar, contestará que más bien era un estilo limosnero; se construía en función del dinero.*

*Y si decido tirar por la calle de la derecha, la de siempre, antes de llegar a mi destino, olfatearé el olor de los guisos de doña Antonia que me harán retornar a mi infancia porque en esa casa pasé muchos inviernos y veranos, muchos otoños y primaveras mientras mis padres trabajaban la tierra y el ganado.*

*Frente a la casa de doña Antonia está el colegio. Me quedaré mirando sus ventanas de madera carcomida por el tiempo. Recordaré aquella pizarra desconchada y el cuaderno de tapas duras que me compró mi madre. Los ejercicios que don Luis nos dictaba. Los partidos de fútbol. El cristal roto por un gol fallado.*

*Dejaré mi infancia y al final, donde vuelven a juntarse la calle de la derecha por la que siempre tiro y la calle de la izquierda, me encontraré con el desvencijado edificio de Correos que se apoya sobre una puerta amarilla, detrás de la cual me encontraré con mi mesa, mis sellos, mis sobres, mi báscula, mi bolígrafo y mi calculadora que, como siempre, serán mis únicos acompañantes.*

*Pero antes de abrir la puerta amarilla miraré hacia mi izquierda y veré esa calle, la calle por la que nunca voy, la calle por la que querría ir si fuera más valiente, la calle de la izquierda. ¿Por qué no hoy?*

El relato de aquella candidata... Verónica Schneider... Dos caminos. Yo me quedaría entre las dos calles y elegiría, como en el relato, la de la derecha, porque siempre he hecho lo seguro, lo conocido, lo marcado, lo que parecía esperarse de mí.

Cuando entré en la sala vi a Verónica observando a sus competidores. No se podía saber si mostraban nerviosismo porque estaban entretenidos con sus móviles, concentrados



El desprestigio se siembra cuando las defensas están bajas, cuando mandan las vísceras y no la razón. Cuando nos relajamos es cuando nuestra cabeza está más dispuesta a amar u odiar. Cuando tomamos café con nuestros amigos, en las conversaciones de pasillo con los compañeros o en la sobremesa de las comidas es cuando se siembra la crítica sin hacer ruido, germinando sin oposición. Esta lección, de la que tanto hablaba a mi hijo, era la que me iba a ayudar a ganar mi guerra en Green.

Irene había salido victoriosa de la batalla en la sala de Juntas, pero no sabía cuánto desprestigio podía sembrar mi ejército en la retaguardia. Mis fieles adeptos contaron a la plebe sabrosas historias sobre ella, ya fueran medias verdades o medias mentiras. Irene no podía imaginar cuánto se hablaba en la cafetería de su incentivo cobrado tras el ERE, cuánto se comentaba en las sobremesas su lucha para librar del despido a su amigo Félix Corcuera, o cuántas noches había pasado riéndole las gracias a Esteban Orozco. Por supuesto no olvidamos mentir sobre los problemas económicos por los que pasaba Green y que llevaban a buscar inversores entre los fondos buitres. Los fondos buitres habrían pedido un tercer ERE, que estaría preparando nuestra querida directora de Recursos Humanos.

Con mi ejército sembrando el desprestigio quise forzar el enfrentamiento:

–Irene, como director de Transformación creo que deberíamos suprimir el complemento que pagamos por maternidad. Solo sirve para que las madres trabajen menos y vivan mejor.

–Luis, estás fuera de ti. ¿Cómo vamos a asfixiar nuestro compromiso con la conciliación?

–Irene, amplía tu visión; como hombre me siento discriminado. ¿Por qué no tengo yo un complemento similar? Haz un estudio pormenorizado con una propuesta, su coste, impacto y medidas alternativas. En el próximo comité lo debatimos.

Irene no sabía luchar en esta guerra. Seguro que en un ataque de profesionalidad pediría a su equipo un estudio sobre la supresión del complemento de maternidad sin mencionar que era una iniciativa mía. No sabía que en su equipo yo tenía mis infiltrados, quienes se encargarían de cuestionar su petición. No sabía que le harían responsable de una medida tan atroz. Yo reía sentado en mi despacho sabiendo que nada une más que el odio a un enemigo común, que nada reconforta más que difundir un rumor, ni nada alimenta más que criticar. Mi Ejército se ocupó de divulgar las intenciones de Irene en las sobremesas, en los pasillos y en los cafés. La plebe se empezó a cansar de nuestra querida directora de Recursos Humanos. La frustración y el odio se daban la mano.

El número de mis adeptos aumentó todavía más y hasta hubo quien me pidió venganza por todos los caídos en el ERE. La tensión fue creciendo y creciendo hasta que la guerra se hizo pública el día que en la fachada de Green apareció una pintada que rezaba: «*Irene, del hospital se sale, del cementerio no*».

*Alea Jacta Est.* La segunda batalla la había ganado yo. Batallar te hace sentir mejor porque saboreas el poder, sientes la mirada y aprietas los puños sabiendo que puedes golpear. Me notaba enérgico, seguro del camino emprendido. Debía redoblar mis esfuerzos presionando más a Irene, cuestionarla delante de todos, acorralarla entre su orgullo y sus ganas de demostrar quién es mejor. Solo así conseguiría el movimiento visceral, el error por desesperación, el enfrentamiento directo.